

Lippmann explica su idea de la opinión pública a partir de la metáfora de la caverna de Platón, interpretando la forma en que los seres humanos creamos el *pseudoambiente* que confundimos con la realidad. Para Lippmann conocemos el ambiente en que vivimos de forma indirecta: consideramos que lo real, el ambiente auténtico, es aquello que creemos es una imagen verdadera del mundo. El autor utiliza múltiples imágenes transmitidas a nivel público sobre hechos presumiblemente conocidos por lo que él entiende serán sus lectores, para introducir el tema, y señala las diferencias entre la imagen pública de las personalidades famosas y su cotidianeidad en el ámbito privado, estableciendo una dualidad entre su ser público y su ser privado. Así como la imagen pública de los personajes notorios puede construirse para su idolatría, también puede serlo para su denostación. En torno a estas ideas va construyendo la noción de *ficción* y de su relación con el orden social existente. Como no podemos vivir todos los hechos que nos importan o que resultan relevantes para nuestra vida de forma directa, debemos crearnos imágenes mentales sobre ellos, igual que los esclavos de la caverna veían los reflejos del mundo real y los tomaban como verdaderos. Lippmann va construyendo el concepto de ficción mostrando cómo es imposible prescindir de las concepciones de las personas sobre el mundo si se espera entender sus acciones: “no podemos comprender verdaderamente los actos de los demás mientras no sepamos lo que ellos creen saber” (p.20). Así, sería un sinsentido sostener que los esclavos de la caverna están locos basados en la forma en que comprenden el mundo: solo pueden verlo a través de las ficciones que se construyen con los reflejos que ven. Lippmann sostiene que muchas veces son las mismas personas quienes contribuyen a crear las ficciones en las que creen, y esas ficciones, como representaciones construidas por el ser humano sobre su ambiente, construyen un *pseudoambiente* que se interpone entre él y su mundo real. Ejemplifica las ficciones con los modelos científicos para investigar el mundo y con las alucinaciones disruptivas: constituyen dos formas de ficción. Así aprovecha la introducción de la imagen del científico creando modelos para explicar la necesidad de estas ficciones: el mundo es demasiado vasto e inabarcable como para que podamos verlo y comprenderlo sin necesidad de simplificar nuestra comprensión al igual que los científicos recortan una parte de la realidad para poder estudiarla sin perderse en la inmensidad, o los cartógrafos elaboran mapas del territorio.

Para analizar a la opinión pública es necesario reconocer la relación triangular entre la *acción*, la *representación humana de esa acción*, y la *respuesta humana a esa representación*, sabiendo que los hombres actúan sobre su ambiente “impulsados por estímulos de sus *pseudoambientes*” (p.24). Esa relación muestra que podemos compartir el mundo real con personas que viven en *pseudoambientes* diferentes, hechos de ficciones diferentes a las nuestras. En particular, nuestros comportamientos políticos suelen ser determinados por las ficciones en que creemos, como las imágenes de la caverna: esas imágenes son la concepción del mundo que guía nuestras acciones.